

... **Y** hoy, vencidos varios siglos de olvido y de incuria, veis restablecidas las estancias del noble castillo de nuestra Reina Isabel, poblado ya con la alegría y con el optimismo de nuestras muchachas.

No podíamos elegir marco mejor para encuadrar las lecciones políticas de nuestras Juventudes que estos muros maravillosos, que estas estancias solemnes de este solar castellano, donde vivió y murió la primera de las mujeres españolas, aquella Reina de Castilla todo valor, todo espíritu de sacrificio, todo aliento en el camino de la Patria.

Lo mismo que nosotros recibimos a España, en forma similar la recibió Isabel de Castilla, dividida y enfrentada en luchas mezquinas, con grupos esquinados y nobles desenfrenados. ¡Ambiciones! ¡Miserias! Todo lo que un pueblo desorganizado y en estado anárquico puede dar de sí. Entonces se corrigió con la sabiduría de un ideario, con el imperio del espíritu y con la fortaleza de la unidad.

Y es que en todos los tiempos, lo mismo en los nuestros que en los anteriores, los acontecimientos de la Historia parecen pequeños para sus autores, y necesitan, con la lejanía, la perspectiva histórica para que cobren grandeza y dimensión.

¿reéis vosotras que aquellos beneméritos españoles, que aquella gran Reina, no pasaron por las mismas vicisitudes que nosotros pasamos? ¿Creéis que cuando reprimió la ambición y el despotismo de los nobles y les puso un freno de acero, impidiéndoles levantar fortalezas, cercenándoles jurisdicciones, destruyendo egoísmos y corrigiendo abusos; que cuando creó la Santa Hermandad, reforzó los poderes y dictó leyes empujando las artes y las ciencias, no la difamaron, y que estaban contentos los magnates y los poderosos? No, se-

ñor; también entonces estaban disconformes, también entonces criticaron lo que llamaban injusticias y crueldades de la Reina, y cuando los judíos traicionaban a España y la ponían en trance de disociación, son expulsados; cuando se coronó la unidad política, territorial y racial de todos los españoles, entonces también difamaban a la Reina grande.

Si a nosotros nos dieran a elegir entre los tiempos de España, ¿cuál elegiríamos? Sin duda que los españoles no vacilaríamos en escoger los de Isabel la Católica, los de Cisneros y de Carlos o los del segundo de los Felipes.



En el castillo de la Mota el Generalísimo Franco recibe de nuestra Delegada Nacional las publicaciones de la Sección Femenina,

Nosotros, en cambio, al hablar de política, lo hacemos de la nacional, de una política de dilatados horizontes; política de servicios y sacrificios, y en ella consideramos a la nación no como a una propiedad particular, subordinada a los grupos y a las personas, sino como a un patrimonio inalienable a cuya formación han colaborado generaciones de españoles, del que nosotros somos solamente depositarios y que tenemos que mejorar y engrandecer para transmitirlo a las generaciones venideras.

Ésta es la razón de que vosotras, mujeres españolas, os reunáis aquí para formaros, para que seáis después los paladines que llevéis a los últimos rincones de España el ideario de una política que es una manera de ser, de una política que es una manera de pensar, de una política que es una revolución en nuestras costumbres, en nuestras vidas, y que por ser revolución, por entrañar servicio y sacrificio, abre los brazos a las juventudes, que son generosidad y son virtud, porque en los troncos retorcidos y añosos se ha agotado ya la savia de la generosidad y del sacrificio.

Nuestra política se apoya en estas tres verdades: primero, en los principios de la Ley de Dios, indiscutibles para cuantos nos llamamos católicos; segundo, en el servicio de la Patria, inseparable de la existencia de la propia nacionalidad, y tercero, en el bien general de los españoles, postulado indeclinable de toda política.

Y os digo esto porque quiero que vosotras, que vais a llegar a los hogares campesinos, que vais a predicar en los barrios de las ciudades a las futuras camaradas, podáis decirles estas dos palabras en que se encierra nuestro programa social; pertenecen a los mandamientos de la Ley de Dios:

ama a tu prójimo como a ti mismo, que para nosotros significa hacer en nuestro lugar lo que desearíamos en el caso del prójimo.

Yo deseo que desde hoy os acompañe en vuestras tareas la evocación de aquella Reina que, por ser ejemplar para todos, es hoy espejo de las mujeres españolas.

Én vuestras manos deposito tan elevada misión. ¡Arriba España!